




MOMENTOS PARA
SER



Ser feliz: lo más valioso en nuestra vida

**Actividad
Docente**

*Aplicando el Pacto Educativo Global
en la escuela*

| | |
|---|---|
| Herramienta a utilizar | Hoja de valores |
| Edad | De 13 a 16 años |
| Ámbito de trabajo | En el aula |
| Duración aproximada | 1 hora, 40 minutos (4 sesiones de 25 minutos), o según las prácticas de la institución |
| Conexión con el Pacto Educativo Global |  <p>Objetivo 2 Escuchar la voz de los niños, adolescentes y jóvenes, para construir un futuro de justicia y de paz, y una vida digna y fomentar la plena participación de las niñas y de las jóvenes en la educación.</p> |
| Dimensiones educación evangelizadora | Énfasis en las dimensiones antropológica, ética, ecológica y teológica |
| Relación con otras áreas curriculares | Ética, ciencias naturales, ciencias sociales, educación estética y religiosa, lengua castellana |

Fundamentos

Los objetivos 2 y 3 del Pacto Educativo Global nos hacen un llamado a “escuchar la voz de los niños, adolescentes y jóvenes, para construir un futuro de justicia y de paz, y una vida digna” (Objetivo 2) y a “fomentar la plena participación de las niñas y de las jóvenes en la educación” (Objetivo 3). Este llamado del Papa es un reto fundamental para todos los educadores, independientemente de la nación a la que pertenezcamos, el nivel educativo en que nos desempeñemos o las convicciones religiosas o políticas que tengamos.

Y ello porque a menudo los que hablamos en las instituciones educativas somos sobre todo los adultos (maestros, directivos escolares, padres de familia, etcétera), y a menudo más los varones que las mujeres, más los jóvenes que las jóvenes y más los niños que las niñas. Pocas veces escuchamos la voz de los niños, niñas y adolescentes; y a menudo ignoramos la perspectiva que tienen las mujeres sobre el mundo y sobre la vida.

Nuestros estudiantes tienen una manera distinta de ver las cosas que a menudo pasamos por alto. En nuestro afán de enseñarles permanentemente, esperamos que, cuando hablen, lo hagan sobre todo para preguntar o pedir una explicación, o tal vez para ofrecer una opinión sobre un determinado tema. Pero hay algo más esencial: cuando ellos pueden hablar libremente y decir lo que

piensan, nos muestran que tienen una *visión del mundo* propia.

Cuando el Papa nos invita a escuchar a los niños, niñas y adolescentes –y a fomentar la plena participación de las niñas y de las jóvenes en la educación– lo que nos está pidiendo es que les demos la oportunidad de expresar el modo como ven las cosas; y, sobre todo, que nos demos a nosotros mismos la oportunidad de escuchar su perspectiva sobre el mundo: sus puntos de vista, sus esperanzas, sueños y frustraciones.

Podemos estar seguros de que *uno de los actos educativos por excelencia es el de la escucha*; y que, por tanto, un niño, una niña y un adolescente siempre recuerdan a los mayores que los escucharon, que atendieron a sus puntos de vista, que creyeron en sus opiniones y especialmente que los tomaron en cuenta a la hora de decidir sobre las cosas. Este acto de escucha les proporciona una gran fortaleza para enfrentar los retos y dificultades de la vida.

Es muy común que, en la educación que les ofrecemos, los adultos intentemos presentarles a los niños, niñas y adolescentes un mundo que está construido con base en nuestros sueños y esperanzas y que, en consecuencia, esperemos de ellos un cierto tipo de respuesta que sea acorde con esa visión del mundo que les hemos ofrecido. Sin embargo, tales

cosas a veces les resultan ajenas, porque no son las de ellos, sino las nuestras; y porque algunas de esas esperanzas son propias del mundo en que nos formamos, que es muy distinto de aquel en que a ellos les correspondió vivir (un mundo lleno de redes digitales, donde las relaciones personales son cada vez más difíciles y donde se viven niveles de angustia y de tensión muy elevados). Por ello muchas veces no se identifican con lo que les proponemos.

Tal vez, si tuviéramos un diálogo con ellos, un diálogo donde hagamos el esfuerzo por escucharlos (sin juzgarlos, sin pretender enseñarles algo y haciendo el esfuerzo por comprenderlos tal cual son), un diálogo para comprender cómo ven el mundo, y qué esperan de ellos mismos y de lo que ocurrirá en años sucesivos, podamos empezar a tener un lenguaje común en el que podamos entendernos. Es preciso, pues, reconocer que los niños, niñas y adolescentes tienen expectativas que a menudo son muy diferentes de las nuestras. Ellos tienen sus propias ideas de lo que es justo, de lo que es vivir de una forma digna, y sus propias ideas del amor, la belleza, la amistad y muchas cosas más.

A veces, lo que nos ocurre en la vida ordinaria no es muy feliz, sino doloroso. Todos tenemos experiencias de sufrimiento y dolor: la muerte de alguien cercano, la pérdida de confianza en un amigo o las situaciones difíciles que plantean la pobreza y la enfermedad nos hacen entender que en la vida hay momentos difíciles. Pero, tal vez, deberíamos pensar en que, a pesar de todo, podemos ser felices si encontramos sentido incluso en esas cosas que nos resultan difíciles de acep-

tar, como la muerte, la enfermedad o el sufrimiento. Tiene, sin duda, un gran valor terapéutico para los niños, niñas y jóvenes que puedan hablar de esas cosas que les inquietan y que, a través del diálogo con otros compañeros y con los propios adultos, empiecen a clarificar sus ideas al respecto: sus ideas de justicia, de paz, de dignidad, de felicidad, de amor, de amistad.

La de felicidad es, sin duda, una de las ideas centrales que rigen la vida de cualquier persona; al fin y al cabo, todos podemos estar de acuerdo en que queremos ser felices. El problema empieza, sin embargo, cuando nos ponemos a pensar en qué consiste ser felices y de qué manera podemos luchar por nuestra felicidad. Valdría la pena preguntarse, con ellos, por cómo entienden, por ejemplo, la felicidad; y cómo creen que pueden ser felices en un mundo tan complejo –y a la vez tan lleno de violencia, desigualdad, intolerancia e incluso odio– como aquel en que nos ha correspondido vivir.

A menudo los niños, niñas y adolescentes tienen ideas al respecto, seguramente sinceras y bien intencionadas, pero a veces confusas e incompletas; pero, sobre todo, suelen tener una idea de la felicidad demasiado individualista y centrada en la satisfacción de necesidades; es decir, suelen creer que se trata solo de luchar por la felicidad de cada uno, sin tomar en cuenta la de los demás; y especialmente tienden a identificar el ser feliz con el hecho de tener satisfechas todas las necesidades.

Se tiende a creer, entonces, que “ser feliz” es estar satisfecho con algo y que, por tanto, es

más feliz el que ha alcanzado mayor grado de satisfacción de sus necesidades. Para el cristiano, no es posible una felicidad plena cuando hay otros seres humanos que sufren por la enfermedad, la pobreza o el sinsentido.

El papa Francisco, en su encíclica *Fratelli Tutti*, nos invita a que pensemos seriamente en la posibilidad de una felicidad compartida. Dice así:

“En este mundo que corre sin un rumbo común, se respira una atmósfera donde «la distancia entre la obsesión por el propio bienestar y la felicidad compartida de la humanidad se amplía hasta tal punto que da la impresión de que se está produciendo un verdadero cisma entre el individuo y la comunidad humana. [...] Porque una cosa es sentirse obligados a vivir juntos, y otra muy diferente es apreciar la riqueza y la belleza de las semillas de la vida en común que hay que buscar y cultivar juntos». Avanza la tecnología sin pausa, pero «¡qué bonito sería si al crecimiento de las innovaciones científicas y tecnológicas correspondiera también una equidad y una inclusión social cada vez mayores! ¡Qué bonito sería que a medida que descubrimos nuevos planetas lejanos, volviéramos a descubrir las necesidades del hermano o de la hermana en órbita alrededor de mí!»”. (*Fratelli Tutti*, 31).

El Papa nos invita, no solo a reflexionar sobre la felicidad individual, sino sobre la posibilidad de una felicidad compartida con otros, e incluso compartida con toda la humanidad; una felicidad que no desconoce las necesidades del que está a nuestro lado –del prójimo, del cercano–, pero que tampoco des-

conoce el sufrimiento que hay en el mundo y que muchas personas, aunque nos sean lejanas, pasan dificultades. Reflexionar sobre la felicidad es, entonces, una ocasión para descubrir la necesidad que tenemos de los otros; y ello porque la felicidad es impensable por aparte del amor y la amistad.

Un gran filósofo de la Antigüedad, Aristóteles, decía que, aunque viviéramos en un mundo justo, si no tuviéramos amigos –es decir, personas a las que amamos y que nos aman–, nadie querría vivir, porque la amistad es un componente absolutamente esencial de la felicidad. El papa Francisco hace eco de esta idea de Aristóteles y, por tanto, nos invita a recuperar la idea de una “amistad social” que sea la base de una fraternidad universal que convoque a todos los hombres sin distinción alguna de raza, género, cultura, religión o creencias de cualquier tipo. Inspirándose, de nuevo, en esa gran figura del cristianismo que fue Francisco de Asís, el Papa nos invita a esa “amistad social” que incluye no solo la relación con los más cercanos, sino incluso una relación de amistad con el entorno natural, con las demás criaturas, con los otros seres humanos y con Dios mismo. A propósito de esta idea de una fraternidad abierta, dice el Papa al comienzo de su encíclica:

“*Fratelli tutti*, escribía san Francisco de Asís para dirigirse a todos los hermanos y las hermanas, y proponerles una forma de vida con sabor a Evangelio. De esos consejos quiero destacar uno donde invita a un amor que va más allá de las barreras de la geografía y del espacio. Allí declara feliz a quien ame al otro «tanto a su hermano cuando está lejos de él como cuando está junto a él». Con estas pocas

y sencillas palabras expresó lo esencial de una fraternidad abierta, que permite reconocer, valorar y amar a cada persona más allá de la cercanía física, más allá del lugar del universo donde haya nacido o donde habite” (*Fratelli Tutti*, 1).

El tema central de esta actividad es, la felicidad; pero la felicidad entendida no como la satisfacción de todos nuestros deseos. Esta es una idea errónea de felicidad, pues que tengamos muchos deseos, y que estos estén satisfechos, no nos hace más felices; al contrario, nos hace más infelices, pues mientras más deseos tengamos menos posibilidad de satisfacerlos. La felicidad no es satisfacción de todos los deseos, sino el logro de una vida mejor para todos de la que cada uno esté en condiciones de participar.

La felicidad y la vida bien conducida son dos cosas inseparables: no se puede ser feliz a costa del mal y el sufrimiento de los demás, o del mal y sufrimiento propios. La idea de felicidad implica que llevamos una vida buena, dedicada al amor, a la justicia, a la amistad y en la que caben el perdón, la bondad, la misericordia. Una vida buena es, además, una vida en armonía con la naturaleza, una vida en la cual realizamos una actividad que tiene sentido y la encontramos satisfactoria por sí misma (por ejemplo, un trabajo decente, honrado y que colabora a la construcción de una mejor sociedad); una vida buena es aquella que se dedica a luchar por causas justas, y no simplemente a acaparar bienes, a tener poder o a acumular conocimientos a toda costa para mostrar nuestra superioridad sobre los demás. La felicidad humana, por ser el hombre un ser social, solo se puede juzgar a la luz

del aporte que cada uno hace a la construcción de un mundo mejor y más justo.

Lo esencial de esta actividad es, desde luego, que sea posible escuchar a los niños, niñas y adolescentes en la visión que tienen de aquello en lo que consiste la felicidad; y, con base en ello, entender sus ideas sobre la felicidad, amistad y sobre la vida en general. Ello no implica, sin embargo, que nosotros como adultos –maestros, padres, familiares, etcétera– debamos renunciar a nuestros puntos de vista, a nuestras creencias y a la perspectiva que tenemos sobre la vida, el amor o la justicia, que bien pueden ser diferentes a los de ellos. Se trata, más bien, de que nos enriquezcamos en un diálogo mutuo y de que, así como nosotros escuchamos sus perspectivas sobre el mundo, ellos también escuchen las nuestras; y, de esa manera, todos nos podamos enriquecer a través de la escucha de los otros.

Los dos textos que se han elegido como punto de partida para esta actividad (el pasaje de la *Autobiografía* del filósofo inglés Bertrand Russell y el apartado de la encíclica *Laudato si'*, del papa Francisco) ofrecen dos maneras de ver la felicidad que son distintas, pero complementarias: la de alguien que no es creyente, pero cree en grandes ideales (él las llama “pasiones” que han guiado su vida), y la del más importante líder católico de los últimos años, que subraya los componentes esenciales de la felicidad desde la perspectiva de la espiritualidad cristiana. Es importante que los estudiantes vean la diferencia entre estas dos perspectivas, pero no para ponerlas en conflicto, sino para enriquecerse personalmente con ellas.

Bertrand Russell nos ofrece una perspectiva de mundo que puede ser valiosa para todos, aunque él fuera un humanista que tenía dudas religiosas serias, pues no por eso dejó de luchar por valores más elevados, como la justicia y la paz entre los pueblos, y por llevar una vida plena de sentido. Hay hombres que, desde distintas perspectivas, nos enriquecen con sus puntos de vista, más allá de que compartan o no nuestras creencias políticas o religiosas.

Sin embargo, así como hay que escuchar a los no creyentes, también hay que escuchar la voz del líder espiritual fundamental de la Iglesia católica: el papa Francisco, que tiene algo esencial que decirnos sobre aquello en que pueda consistir la felicidad humana. En la parte cuarta del capítulo sexto de su encíclica *Laudato si'* –que tiene por título *Gozo y paz* y comprende los numerales 222 a 227–, el Papa nos ofrece una perspectiva muy interesante y valiosa sobre lo que puede ser la felicidad humana. Nos invita a que pensemos la felicidad no como satisfacción de necesidades, sino como una búsqueda permanente de sentido para todo lo que hacemos; y una búsqueda en la que tienen gran valor y significado la sencillez, la frugalidad, el cuidado de las demás criaturas y una vivencia sana del amor y la amistad.

Es importante leer con cuidado este bello texto junto con los jóvenes que realicen esta actividad, pues se trata de que ellos confronten su idea de felicidad con el mensaje del Papa y se dejen iluminar por él. Seguramente les será muy útil, pues a menudo su idea de la felicidad suele ser consumista, porque está

centrada en la satisfacción de las necesidades, mientras que lo que aquí nos enseña el Papa es un sentido de la felicidad que no es individualista y que enriquece de forma profunda la experiencia humana.

Desde el punto de vista de una educación evangelizadora, es evidente que en esta actividad prima su dimensión *antropológica*, pues de lo que se trata aquí es de que comprendamos el tipo de hombre que queremos ser y el tipo de hombre que estamos construyendo en nuestra vida; y, sobre todo, el tipo de hombre que pretendemos llegar a ser nosotros mismos. Al abordar un tema tan esencial como la comprensión de la persona y el sentido que cada uno le da a su vida, y al construir una visión propia de la felicidad (que es el objetivo primordial de la actividad), se pone un énfasis muy fuerte también en la dimensión *ética* de una educación evangelizadora. Además, la visión *ecológica* está a la base de todo esto, pues la felicidad debe ser buscada no en esa satisfacción de todo tipo de necesidades que nos ha llevado al desastre ambiental y a la crisis ecológica en que vivimos actualmente, sino en una relación armónica con el entorno físico y humano que nos rodea; es propio de una visión cristiana del mundo y de la vida el que podemos ser felices manteniendo una relación de armonía con la naturaleza y con las demás personas; y, sobre todo, que podemos descubrir, a través de la relación con otros seres naturales y humanos, una comprensión de Dios. Es evidente, por tanto, que el desarrollo de una idea de felicidad propia de un cristiano implica también un enfoque *teológico*, pues nuestra felicidad no es la de un ser

individual, sino que está ligada a la realización de lo que los creyentes llamamos *el reino de Dios* en la tierra.

La búsqueda de la propia felicidad tiene así una dimensión trascendente. No es que la fe suplante lo humano, pero sí que le imprime un nuevo sentido, pues la comprensión de la propia vida y felicidad como participación en la obra de Dios en la tierra ofrece una nueva mirada para la vida humana.

La reflexión sobre la felicidad está ligada a casi todas las disciplinas del currículo, pues al fin y al cabo la felicidad es el fin mismo de la vida humana y todo lo que hacemos está orientado a ella. Si hacemos ciencia natural es porque queremos comprender el lugar que tiene el hombre en la naturaleza, si estudiamos ciencias es porque queremos comprender la sociedad en que vivimos, y si hacemos deporte es porque creemos que un cuerpo sano es condición de una vida feliz. Las lenguas, las ciencias, las artes, las religiones y, en general, todas las formas de pensamiento que constituyen una cultura han sido pensadas desde la perspectiva de la felicidad humana; en tal sentido, todo nuestro saber está configurado a partir de la idea que tenemos de felicidad. Si estudiamos algo es porque creemos que eso enriquece la vida humana y la hace más feliz.

El ejercicio que aquí se propone, sin embargo, pone un fuerte énfasis en la dimensión ética de la pregunta por la felicidad humana, pues pensar la felicidad es pensar en cómo queremos vivir nuestra vida, en qué es para nosotros una vida buena en compañía de otros. Por supuesto, como eso se da en un contexto social y político específico, nuestra felicidad no puede ser pensada por aparte del entorno físico en que vivimos (condiciones geográficas, políticas, económicas, etcétera); y, por ello, en la construcción de una concepción de la felicidad también las ciencias naturales y sociales tienen mucho que aportar.

Desde luego, la formación estética y religiosa, que nos ayudan a trascender la experiencia inmediata y a desarrollar una mirada contemplativa hacia el mundo, nos ayudan también a vivir una vida mejor y más feliz. Además, y como el presente es también un ejercicio de escritura, es indudable que la participación de los profesores de lengua castellana será esencial, pues se trata de que los muchachos escriban algo que, además de ser correcto desde el punto de vista de la lengua (un texto con ortografía y puntuación correctas), expresen su concepción de la felicidad y lo hagan, en lo posible, de forma bella.

Presentación de la actividad

La actividad que se desarrollará en este caso se conoce como la “hoja de valores”. El término fue acuñado inicialmente por Louis Rath y sus colaboradores en los años sesenta del siglo pasado en los Estados Unidos, y aparece explicado e ilustrado con ejemplos diversos en su libro *El sentido de los valores y la enseñanza. Cómo emplear los valores en el salón de clases* (México, UTEHA, 1967). Sin embargo, aquí se hace uso del término, y se le adapta, para aplicarlo en una nueva circunstancia. Se trata, pues, de una técnica perteneciente a la metodología conocida como “clarificación de valores” que aquí reformulamos y adaptamos a las necesidades de los estudiantes colombianos. Debemos decir, entonces, que no se siguen aquí estrictamente las orientaciones de Rath, aunque su trabajo nos ha servido de inspiración.

Pero ¿qué es una “hoja de valores”? En principio, podemos decir que es *un texto escrito corto* (entre una y dos páginas) *en el cual una persona expresa su percepción, vivencia y comprensión de algo que considera valioso*. Pero ¿qué se entiende aquí por “algo valioso”? El término se debe tomar en su sentido más general, pues algo valioso puede ser desde un concepto muy fundamental de nuestra vida (como los de felicidad, amor o libertad, cosas que todos valoramos), un ideal de vida

muy elevado (como los de justicia, igualdad y paz) e incluso una actividad dada que para algunas personas constituye algo muy valioso en sus vidas (como la música, el deporte, la ciencia o la política) y hasta objetos concretos (los computadores, los teléfonos celulares) o una actividad como, por ejemplo, el cine. Lo importante es que, al realizar el ejercicio, quien lo hace se pueda preguntar por qué es valioso para él aquello que valora (el amor, el teatro, el deporte, etcétera), es decir que pueda aclararse para sí mismo por qué percibe, vive y comprende ese objeto como algo dotado de valor; y que exprese las razones y sentimientos que acompañan esa valoración.

No hay que olvidar los tres elementos antes mencionados: percepción, vivencia y comprensión. Lo que se debe expresar por escrito es cómo se *percibe* eso que consideramos valioso, cómo se *vive* ese valor en la vida cotidiana y cómo se *comprende* eso que nos resulta valioso. Los tres elementos son esenciales y los tres deben estar presentes en el escrito que se elabore. ¿Cómo se percibe como valioso, y a partir de qué se percibe como tal, por ejemplo, la práctica de un deporte como el tenis? Esto debería preguntárselo quien encuentra un valor en el tenis. No se trata solo de una percepción externa, pues si a algo se

le considera valioso es porque se lo vive como tal; hay que preguntarse, entonces, cómo uno se da cuenta que ese algo es valioso y, sobre todo, cómo vive eso como valioso en los actos concretos de la vida cotidiana. Pero esta percepción y vivencia da lugar a una comprensión, que consiste en el modo como esa persona adquiere conciencia del valor, es decir, se hace consciente de que eso que tanto valora es algo que encuentra valioso en sí mismo.

Decíamos que la hoja de valores es un escrito corto en donde se valora algo. Se supone, desde luego, que, si algo se valora, se hablará bien de ello: el que valora jugar al fútbol no hablará mal de él ni le hará una crítica. Sin embargo, hay que evitar que la hoja de valores se convierta en un escrito de alabanza, a la manera de lo que los antiguos llamaban un *panegírico*. No, este no es un escrito retórico ordenado a alabar algo, sino un *ejercicio de valoración personal*. No se trata de que quien lo escribe diga cosas maravillosas sobre aquello de que se ocupa, sobre aquello que considera valioso; se trata, más bien, de que exprese por qué él, y bajo circunstancias concretas, considera valioso aquello que considera valioso.

Supongamos que su objeto de valoración es el cine. No debería contarnos demasiadas películas o hacer un análisis de alguna de las que ha visto, o dedicarse a exaltar una película que le gustó mucho; nos debería contar sobre todo cómo *percibe y vive* el cine (por ejemplo, cómo empezó a desarrollar su afición y gusto por el cine, qué es lo que siente cuando entra en una sala de cine o cuando pone una película en su casa; y qué siente

por el cine o cómo vive la experiencia de ir a cine, cómo le gusta ver una película, en qué condiciones; o qué escenas le parecen más bellas). Pero, sobre todo, debe darnos cuenta de su comprensión del cine, pero no como un ejercicio teórico, sino como un testimonio de lo valioso que es el cine para su vida; debe indicarnos por qué considera el cine algo tan valioso; a lo mejor podría hacerlo por comparación con otra cosa; por ejemplo, por comparación con la televisión o el teatro. ¿Qué es, entonces, lo que encuentra particularmente valioso en el cine, y por qué?

Por supuesto, como se trata de una actividad de valoración, lo esencial siempre es que quien escribe vaya más allá de la información con la que cuenta y haga el ejercicio de valorar aquello de que habla ofreciendo para ello buenas razones, testimonios de lo importante que eso es para él e incluso expresando emociones vinculadas a esa valoración. No se trata, de que nos muestre lo mucho que sabe sobre un cierto tema, sino que nos indique por qué lo valora de esa forma, es decir, cuáles son las razones y sentimientos personales que lo han llevado a valorizar de tal manera eso de que se ocupa su hoja de valores.

El objetivo básico de este ejercicio es producir un texto de reflexión personal que, según el grupo de estudiantes con el que se trabaja, podría variar en extensión, pero que, en general, no debería tener más de una o dos páginas; y que, si lo midiéramos en palabras, no debería ser un texto de más de ochocientas palabras; de hecho, el texto modelo que se ofrece (el de Bertrand Russell) tiene menos de trescientas cincuenta palabras y, sin em-

bargo, logra lo esencial: dar una visión completa de aquello que el autor considera una vida feliz. Lo mismo ocurre con el texto del Papa: en algo más de ochocientas palabras logra dar una visión de la felicidad estimulante y profunda.

Lo importante, por cierto, es que el texto tenga una unidad de contenido y de estilo, es decir, que no dé demasiados rodeos o toque muchos temas diversos y que en él no haya rupturas. Por cierto, los dos momentos claves –la comprensión y la valoración de un determinado asunto– no son procesos separados, sino que van juntos; no se comprende primero y luego se valora. Se trata de procesos simultáneos. Dice al respecto Louis Raths:

“No creemos que la adquisición de la comprensión tenga que preceder al proceso de valoración. Nos hemos dado cuenta, con toda claridad, de que generalmente *ambos* funcionan mejor, y dan mejores resultados, cuando se desenvuelven conjuntamente, al mismo tiempo. La valoración es superficial sin la comprensión. La comprensión es superficial sin la valoración. Ninguna de las dos puede prescindir de la otra, ni desenvolverse sin ella. Por lo tanto, rechazamos la posición que insiste en que los niños deben aprender primero el tema de estudio y hacer después su valoración” (*El sentido de los valores y la enseñanza*, p. 99).

Dado que lo esencial es que los estudiantes produzcan un texto propio –corto, pero bien elaborado–, ello implica que hay que pre-

parar muy bien este trabajo. Se parte de un texto modelo que les sirva de inspirador (en este caso, el sugerido de Bertrand Russell), que hay que analizar muy bien. Puesto que dicho texto, además de un testimonio de un personaje importante del siglo XX, ofrece al estudiante una estructura para que elabore su propio escrito, es preciso ayudarle a comprender mejor esa estructura: cómo está organizado el texto, qué partes tiene, etcétera, pues todo eso le ofrece unas pautas para que elabore su propio escrito. Y está luego el texto del Papa, que debe ayudarles a que se cuestionen su propia visión de la felicidad, pues los invita a que tomen conciencia de que la sociedad consumista, centrada en la satisfacción de todo tipo de necesidades (muchas de ellas antinaturales, artificiales e inventadas con fines de manipulación), suele ser generadora de una profunda infelicidad.

Pero no se trata, desde luego, de que el alumno copie un modelo o simplemente escriba un texto propio parafraseando el texto original. La tarea del maestro aquí es mucho más profunda: debe ofrecerles unas pautas para la elaboración y revisión de su escrito, tal vez con ayuda del profesor de lengua castellana, de tal manera que esté correctamente redactado y pueda ser, además, un texto bello.

Finalmente, la tarea esencial del profesor es que haga de esta actividad, que es una actividad pensada para realizar en el aula, un ejercicio de reflexión y de compartir con los demás compañeros; es decir, un ejercicio verdadero de amistad y búsqueda de la felicidad.

Orientaciones pedagógicas

Lo esencial de la presente actividad es, que los estudiantes realicen una reflexión propia sobre lo que, para ellos, significa llevar una vida feliz y que expresen por escrito cómo entienden la felicidad. Para ello, deben elaborar un texto propio en donde, por una parte, manifiesten sus sentimientos o creencias de forma libre, pero por la otra, lleguen a ello a partir de una reflexión previa que ha sido mediada por la lectura de otros autores –en este caso particular el del filósofo Bertrand Russell y el del papa Francisco– y por el diálogo con sus compañeros, el docente e incluso con personas como amigos, familiares, etcétera.

Es importante tomar en cuenta que el punto de partida son dos textos de distinta naturaleza, pero que se pueden complementar muy bien. El de Russell nos habla de tres grandes pasiones que guiaron su vida; es decir, de algo así como de tres grandes motivos que lo inspiraron para vivir y para encontrar sentido en su existencia. Es un texto corto que sirve de punto de partida, porque expresa de una forma sintética y bella una manera de entender la felicidad y ofrece un modelo sencillo del escrito que ellos deberían elaborar al final de la actividad. También los estudiantes, como el autor, podrían identificar esos tres grandes principios, valores o ideales que guían su vida y, a partir de ello, expresar cómo entienden llevar una vida feliz.

El otro texto, el del papa Francisco, un poco más largo, es un pasaje tomado de su encíclica *Laudato si'*, sobre el cuidado de la casa común. En él nos ofrece un sentido a la felicidad humana desde la perspectiva cristiana, en contraposición clara a la actual sociedad consumista, que nos ha llevado a una gran crisis ecológica, pues nos ha llevado a identificar la felicidad con la satisfacción de nuestros más inmediatos deseos. Nos muestra allí cómo ciertas promesas de la sociedad consumista nos llevan a vivir una vida infeliz –una vida a la vez tensa, monótona y veloz–, donde hay poco espacio para el cultivo de nosotros mismos.

De otra parte, nos invita el Papa a descubrir que, desde la perspectiva de la espiritualidad cristiana hay un cierto grado de moderación y sobriedad que es esencial para la vida feliz, pero que solemos olvidar a menudo en la sociedad consumista. Según él, la vida es mucho más feliz no en la medida en que tenemos más cosas o consumimos más, sino más bien, en la medida en que aprendemos a vivir de forma sobria y a gozar con lo poco que tenemos. Nos invita a retornar a la simplicidad y a disfrutar de las cosas sencillas de la vida: en el encuentro con los otros, en el servicio a los demás, en la música, en el arte, en el contacto con la naturaleza.

Estos criterios de sobriedad, humildad, simplicidad, armonía con el entorno y paz con uno mismo de que nos habla el papa Francisco deben servirles a los jóvenes para contrastar la idea que suelen tener de la felicidad como satisfacción de los deseos. Es importante insistirles en que lo que nos hace felices no es tener muchos deseos, ni lograr satisfacerlos todos, por el contrario, ocurre muy a menudo que, por tener demasiados deseos no logramos satisfacerlos adecuadamente; o que, por andar satisfaciendo tantos deseos no tenemos espacio para disfrutar de cosas sencillas, como la belleza de la naturaleza y los productos del arte humano y, en general, la inmensa belleza que hay tanto en el universo como en las obras humanas. Este texto del papa Francisco, más que un testimonio de en qué consiste una vida feliz (como lo era el de Bertrand Russell), es la presentación de una serie de elementos teóricos muy valiosos para reflexionar sobre cuál es el sentido de la auténtica felicidad humana.

En cualquier caso, se trata de dos textos que se deben leer con sumo cuidado y atención. Se recomienda, en este sentido, que se lean despacio, en voz alta y en un ambiente de “lectura en común” en el aula, pues de esta forma se garantiza que el texto se lea de la forma adecuada y con el tono adecuado, pues esto ayuda a su comprensión y, sobre todo, el profesor debe insistir en que los estudiantes exploren los significados que hay en los textos con cuidado y rigor. Hay, por ejemplo, en el texto de Bertrand Russell, símiles, analogías y metáforas muy sugerentes y esclarecedoras que valdría la pena examinar con ellos.

Por supuesto, el profesor cuenta para trabajar con estos textos en clase con una serie de preguntas que le sirven de ayuda para comprender el texto. Pero hay que ir siempre más allá de la información y la comprensión, hacia la construcción de significado a partir de lo que leemos. Como siempre, hay un primer momento en el cual se trata de ayudar a comprender el texto en aquello que pueda resultarles difícil de entender; pero lo esencial es lo que viene a continuación, lo que el texto provoca en ellos: sus reflexiones, sus pensamientos propios, pues los textos fueron elegidos no para que fueran aprendidos como un contenido cerrado y único, sino como algo que ha de servirles de inspiración para la elaboración de un texto propio, dado que la “hoja de valores” es un texto en donde cada uno concluye un acto de valoración que ha venido preparando a partir del aporte de otros: de los compañeros, de los amigos, de su propia reflexión, de la lectura de otros autores, etcétera.

Esta es una actividad para realizar con jóvenes que seguramente tienen ya una preocupación por el sentido de la felicidad. A lo mejor se han planteado más de una vez en qué consiste la felicidad. Sin embargo, también son personas que por momentos se han sentido infelices, desgraciados o desafortunados, e incluso habrá quienes hayan pasado por momentos de depresión y sinsentido. Para ellos, es importante intentar encontrar una respuesta propia a qué los hace felices. Y, si bien esa respuesta nunca será definitiva –porque es una pregunta que tendrán que hacerse constantemente a lo largo de la vida–,

les puede ayudar a que empiecen a enfrentar la depresión, dado que esta es muchas veces carencia de sentido; y el que se pregunta por qué es lo que lo hace feliz, y en qué consiste la felicidad, está buscando sentido para su propia vida.

Ahora bien. Como ya lo decíamos, la felicidad ordinariamente se piensa en términos de satisfacción y consumo: solemos creer que somos más felices mientras más satisfacemos nuestros deseos y más consumimos todo tipo de bienes. Es normal, que nuestros estudiantes tiendan a creer que la felicidad consiste en la satisfacción de todos los deseos, pues al fin y al cabo viven en un mundo donde se les está prometiendo permanentemente que podrán lograr tal satisfacción y donde, además, todos los días se busca incrementar sus deseos y sus niveles de consumo a través de la publicidad. También es normal que se sientan insatisfechos, sobre todo porque vivimos en un mundo donde no hay límite para los deseos y se incrementan todos los días los medios de satisfacción.

Precisamente por lo anterior, es tan esencial recalcar que la persona feliz sabe limitar sus deseos, pues entiende que no puede satisfacerlos todos, sino que tiene que saber cuáles son los más esenciales y de qué forma puede satisfacerlos mejor y con menos pérdida de energía. Nuestros jóvenes suelen tener sentimientos altruistas e ideales de vida muy generosos que los inspiran, pero a menudo no saben muy bien cómo realizar esos deseos y cómo llevar a la práctica esos ideales. Si logran clarificar un poco más en qué consiste para ellos la felicidad, seguramente podrán

comprender mejor de qué medios se pueden valer para alcanzarla.

El trabajo del profesor acá no es, entonces, el de enseñarles a sus estudiantes qué es la felicidad, sino el de ofrecerles un espacio para que ellos se escuchen entre sí y para que dialoguen –en un ambiente de respeto, sereno y libre de tensiones– sobre cómo entienden la felicidad; un espacio para que ellos hablen acerca de lo que creen con respecto a en qué consiste ser felices y qué hacen ellos en su vida para buscar la felicidad. Las personas se conocen y comprenden mejor cuando son capaces de hablar de lo que les interesa, de compartir sus sentimientos más profundos, de expresar sus ideas más importantes, como esta de la felicidad, en un ambiente en donde se sienten acogidos y valorados. Es muy probable que los adolescentes no tengan con quién hablar de qué es lo que los hace felices. Tal vez ese no sea un tema del que hablen mucho con sus amigos. Tener un espacio en el aula para hablar de la felicidad, para escuchar a los demás y para entender cómo ellos la entienden; para confrontar la propia idea de felicidad con la de otros, es un privilegio que vale la pena aprovechar.

Sin embargo, insistimos que la tarea esencial del maestro aquí es la escucha. Él debe darles la palabra a los jóvenes, que necesitan expresar sus puntos de vista sobre el mundo y su manera de comprender la felicidad, el amor, la amistad, etcétera. En este caso particular es de suma importancia que se escuche de una forma especial a las niñas y jóvenes, pues en muchas ocasiones las mujeres no tienen espacios suficientes para ma-

nifestar sus pensamientos. Además, algunas de ellas son muy tímidas, pues vivimos en una cultura en donde, desafortunadamente, muchas veces todavía a las mujeres se les menosprecia o se les subordina, y en donde ellas tienen que reclamar abiertamente su derecho a buscar la felicidad.

Los varones, puesto que la historia les dio primacía sobre las mujeres, tienen menos dificultad a la hora de expresar lo que piensan y sienten; las mujeres, mientras tanto, han tenido que luchar mucho por adquirir un lugar en la sociedad, en la familia, en la escuela y en la propia Iglesia. Ellas han debido luchar por muchos años para poder decir su propia palabra y para poder expresar sus pensamientos. Hay que insistir en que las niñas y las jóvenes participen mucho en esta actividad de expresar lo que consideran valioso, lo que consideran que las hace felices. No hay que olvidar que uno de los objetivos del Pacto Educativo Global es precisamente este: fomentar la participación de las niñas y mujeres en la educación.

Por cierto, la búsqueda de la felicidad no es un asunto menor. Es este uno de los derechos fundamentales que debe garantizar una sociedad democrática, como quedó muy bien expresado en la *Declaración de Independencia de los Estados Unidos*, que señala que todos tenemos tres derechos inalienables: el derecho a la vida, el derecho a la libertad y el *derecho a la búsqueda de la felicidad*. Es cierto que todos tenemos derecho a ser felices, y que nadie podría oponerse legítimamente a ello. Pero aquí se trata de algo más: del derecho que todos tenemos a buscar la felicidad;

y lo que quiere decir esto es que podemos tener diferencias en el modo de comprender la felicidad y que no podemos ni debemos imponer a nadie nuestros ideales de felicidad. Podemos, eso sí, proponer otros factores a tener en cuenta a la hora de comprender la felicidad; y eso es lo que hace muy bien el papa Francisco en el texto aquí elegido: invitar a los jóvenes a que piensen que puede ser mucho más feliz una vida si es más simple y sencilla; y que una vida llena de lujos y de todo tipo de satisfacciones puede ser vana y vacía.

Todos tenemos, pues, derecho a clarificar qué tipo de felicidad es la que queremos, y a buscar la propia felicidad en compañía de otros. Por eso es tan importante en esta actividad escuchar muchas voces distintas (las de los compañeros y amigos, las de los padres y maestros), pues es profundamente enriquecedor ver las perspectivas que otras personas tienen sobre el asunto, incluyendo en estas personas a personajes conocidos como aquellos cuyos escritos tomamos aquí en cuenta. Todos (el amigo y la amiga, el compañero de curso, el primo o prima, el profesor, los padres, el Papa, los filósofos, los sacerdotes, etcétera) tienen algo que enseñarnos sobre lo que significa ser felices.

Como ya explicamos al presentar la actividad, este es un trabajo de escritura; y escribir implica producir un texto, algo que no siempre es fácil para algunos estudiantes. No es fácil escribir un texto, y menos aún un texto donde se expresan sentimientos y pensamientos propios. Toda la actividad está pensada, entonces, para acompañar al estudiante en este

proceso de escribir un texto propio. De este modo, toda la reflexión que se haga a lo largo de las dos primeras sesiones de trabajo debe ayudarle a cada estudiante a que reflexione sobre la felicidad a partir de los textos de Bertrand Russell y el papa Francisco.

Esto, sin duda, es muy útil, pero al maestro le corresponde ir más allá. Además de leer junto con ellos y de escuchar sus perspectivas, debe plantearles buenas preguntas. Para ello puede servirle, claro está, de las preguntas que acompañan los textos, pero él también puede y debe plantearles nuevas preguntas y sobre todo, preguntas que les ayuden a guiar su reflexión y a ordenar su actividad de escritura. Supongamos, por ejemplo, que, para escribir el texto, se les puedan proponer a los estudiantes preguntas de este estilo: “Indica tres cosas que son muy importantes en tu vida para que puedas ser feliz”. El estudiante deberá, entonces, identificar esas tres cosas que son esenciales en su vida y luego explicarse a sí mismo por qué ellas son tan esenciales para él. Podría, también, haber otra pregunta guía de este estilo: “¿Cómo esas tres cosas que son tan importantes en tu vida te han ayudado a ser más feliz?”. Supongamos que alguien dice que, para él, es muy importante en su vida la familia. Muy bien, habrá que preguntarle qué es lo que ha encontrado tan importante en su familia y por qué no podría concebir la felicidad por aparte de su familia.

Desde luego, el profesor podrá ayudarles a la hora de escribir, si lo cree conveniente, ofreciéndoles un esquema sencillo que les sirva de guía para la elaboración de su composición escrita, o puede ayudarles a identificar

el esquema que hay en los textos leídos para que les sirva de guía, aunque debe insistir en que se trata de un texto de valoración personal y no de un texto teórico sobre la felicidad. No se trata, en todo caso, de proponerles esquemas rígidos, sino estructuras sencillas que ellos puedan reelaborar libremente, pues se trata de que ellos expresen las cosas tal como las viven y sienten, aunque de una forma estructurada y, en lo posible, bella.

Sería deseable, en ese sentido, que, una vez los estudiantes fueran elaborando sus textos (que no deben ser muy largos: unas 800 palabras, un poco más de una página) se compartieran en clase y, si fuera posible, que se corrigiera su redacción con la ayuda de otros compañeros o del maestro de lengua castellana. Esto es esencial porque el estudiante debe sentir que ese texto refleja algo que para él es significativo y, además, que es un texto bien escrito, tanto porque es correcto (no incurre en errores de ortografía y redacción) como porque es bello (se deja leer bien, tiene un ritmo adecuado y es realmente evocador). Poder escribir un texto propio sobre la felicidad de forma correcta y bella puede ser muy gratificante para quien lo hace.

Como en otros casos, contamos con cuatro sesiones de trabajo para esta actividad, cada una de ellas de veinticinco minutos. Para la distribución del trabajo a realizar, se ofrecen a continuación algunas orientaciones generales, que cada profesor, podrá adaptar a sus propias circunstancias.

En la **primera sesión**, lo primero y más fundamental es leer y comentar bien el texto de Bertrand Russell. Se trata de un texto corto

que hay que leer, ojalá en voz alta, con la entonación y el ritmo adecuados, para que se comprenda mejor. A veces se podría empezar el comentario pidiéndolos a los estudiantes que expresen la primera impresión que les dejó el texto: ¿Qué les llamó la atención?, ¿por qué? Se les podría pedir incluso que escojan alguna frase con la que se identificaron particularmente y que expliquen por qué les pareció interesante o motivadora. Se les puede pedir también –puesto que es un texto que tiene símiles, analogías y metáforas sugerentes– que expliquen en qué consisten tales cosas y qué es lo que quieren expresar. De todas maneras, la lectura de este primer texto, acompañada de unas preguntas que ayuden a explorar su sentido, es una buena forma de ir entrando en la reflexión sobre la felicidad. Esta primera sesión podría concluir, si el maestro lo ve oportuno, con un comentario corto (de 30 a 40 palabras) en donde ellos expresen lo que les dejó de enseñanza la lectura de este primer texto.

La **segunda sesión** se podría dedicar enteramente a la lectura del texto del papa Francisco (un pasaje de la encíclica *Laudato si'*), que tiene una visión de la felicidad distinta a la de Russell y mucho más centrada en lo que la espiritualidad cristiana nos puede ofrecer para la comprensión de aquello en lo que consiste una vida feliz. Este texto insiste mucho más en actitudes básicas que ayudan a un mejor disfrute de la vida: la sobriedad, la simplicidad, el saber disfrutar los momentos básicos de la vida y encontrar placer en las cosas más sencillas: en el encuentro fraterno, en el servicio a los otros, en el contacto con la naturaleza. Puesto que el texto hace énfasis en nociones centrales como las de *sobriedad*,

humildad, *simplicidad*, etcétera, el profesor debe siempre buscar que los alumnos identifiquen tales conceptos e intenten explicarlos en términos propios; es decir, que intenten decir qué es para ellos ser sobrios o ser humildes; y por qué una persona sobria podría ser más feliz que otra que no lo es; o por qué la felicidad puede estar más en las cosas sencillas de la vida diaria que en los grandes triunfos o en la realización de grandes ideales. A lo que nos invita el Papa es a que llevemos una vida feliz, pero en armonía con el universo, con los otros seres vivos (plantas y animales) y con otros seres humanos. Una vida auténticamente feliz es una vida en comunión permanente con toda la creación.

La **tercera sesión** debe estar mucho más centrada en la preparación y elaboración de la composición escrita que se les pide. Esta es la sesión en donde propiamente se elabora la “hoja de valores”. Por supuesto, esta se ha venido preparando en las dos sesiones anteriores, pero el profesor debería ofrecerles en esta ocasión algunas pautas para elaborar su escrito. Podría darles alguna guía básica sobre lo que debería contener, a manera de preguntas orientadoras; por ejemplo: ¿Cuáles son los tres elementos básicos que necesitas para ser feliz?, ¿qué es para ti ser feliz?, ¿qué necesitas para ser feliz?, ¿cuáles son las cosas que te hacen más feliz?, ¿qué tipo de actividades te hacen sentir en armonía contigo mismo? Después de plantearles estas, u otras, preguntas, se les podría ofrecer un esquema que les ayude en la elaboración de su texto. Sin embargo, después de ofrecerles todos estos apoyos, hay que dejar que ellos se expresen libremente, que escriban lo que piensan y como lo piensan; y que, cuando ya

tengan su escrito, lo empiecen a corregir y mejorar incluyéndole nuevas ideas y perfeccionando el modo de expresarlas.

Finalmente, la **cuarta sesión** debe dedicarse, a un ejercicio de retroalimentación fundado en el compartir con los demás. Para esta cuarta sesión, ya todos deben haber hecho su escrito sobre la felicidad, y en esta sesión lo deben compartir con sus demás compañeros. En lo posible, para ese momento el texto debe tener ya una forma más acabada. Sería interesante que ellos pudieran proyectarlo en alguna parte don-

de lo vieran todos, o que llevaran copias de él para entregar a los demás. La idea es que lo compartan escuchándose mutuamente, e incluso que entre ellos puedan hacerse sugerencias sobre cómo mejorarlo o preguntas sobre aspectos que queden incompletos en lo que están compartiendo. Desde luego, esto se debe hacer en un ambiente de máximo respeto y como una actividad en donde se sientan a gusto y que experimenten que han podido compartir con otros pensamientos y sentimientos propios; y que sus demás compañeros y el profesor, los han escuchado con respeto e interés.